

vento de La Merced, que a su lado tiene el Niño con un chontaduro, el fruto regional, y en Pasto es notable la Virgen de la Panadería, recuerdo de un antiguo depósito de trigo.

Cierran el libro una amplia lista de santuarios marianos y un mapa que, como este libro, se destaca como el primero en su género, lo que es ya un mérito digno de mención.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



El no de la historia

La crisis del poder

J. Ernesto Patiño Avila

Ecoe ediciones, Bogotá, 1988, 146 págs.

Nada aparentemente más descarado y fácil que presentar un libro que suponemos no leído por otros, y más si se posee la remota esperanza de que la presentación disuadirá a los otros de emprender su lectura. Aparentemente. La escuela del reseñista está llena, para el defensor de los "trabajos serios y especializados", de descarados y facilistas. Pero el autor de reseñas bibliográficas tiene un compromiso, o debe tenerlo. El solo hecho de que exista un lector de reseñas —especie bien curiosa y minoritaria, cuyo 90% lo conforman los autores de reseñas— es ya un aliciente bastante comprometedor. Se debe manejar con honestidad el arte

del propagandista a través de la crítica y el análisis. Y como lo que se promociona es un producto designado bajo la especie de "libro", el lector me perdonará esta nota introductoria al producto bibliográfico en cuestión (nota que, por las mismas razones, no va a pie de página ni en las "notas"). Me refiero, entonces, y en principio, a la edición de Ecoe para esta serie de ensayos del doctor Patiño Avila que, por otra parte, afecta gravemente el contenido de la misma. No es responsable que bajo el escudo de "modesta edición" —que no responde a criterios económicos— se oculte la mediocridad del trabajo editorial a todo nivel: por supuesto que habría que comenzar por la confusa redacción del autor, aunada a la despreocupación por revisar y unificar los textos, pero un trabajo consciente de corrección de pruebas debe llegar a la sugerencia y a la amonestación al brillante y descomplicado autor. En la presente edición pareciera haberse omitido el trabajo del corrector de pruebas: constantes y graves errores de ortografía, puntuación defectuosa y ausencia de criterios de unificación tipográfica. Todo esto, sumado a las fallas de diagramación, armada e impresión, nos dejan la sensación de estar leyendo unos borradores premonitorios de un texto importante.

El prólogo de Pierre Gilhodés hace referencia al carácter de ensayos de los textos allí agrupados —ocho en total y tres partes que los abarcan—. El método ensayístico, sin embargo, no supone una hipótesis previa, como la que se formula en casi todos los textos del libro, sino el desarrollo de unas tesis centrales. Es claro que Patiño va más al desarrollo de dichas tesis y a la búsqueda de propuestas. En este caso, el interés analítico por presupuestos teóricos es un estorbo. Veámoslo en el texto "Violencia y luchas políticas", el más extenso del libro, sobre la violencia en Colombia: con el propósito expreso de hacer un análisis multifactorial del fenómeno, presenta inicialmente las teorías sobre las causas de la violencia en Colombia. El propósito expreso se esclarece en la "conclusión parcial", en la que se recomienda tener en cuenta las seis teorías, porque todas

son válidas. Pero tras la "conclusión parcial" surge la verdadera tesis del origen político-militar del fenómeno. Por supuesto que la tesis tampoco descarta las seis teorías previas, pero las anula en su exclusividad, anulándose de paso ella misma, puesto que la propuesta es de "entrelazamiento" multifactorial. Podríamos tomar, por ejemplo, la teoría de causas económicas como base del "entrelazamiento": si se hacía necesaria la expropiación agraria —base—, se hacía necesaria la legitimación política —de Estado o de partido, con la presencia del terrateniente representante—, necesario el control militar —casi indistinto del guerrillero en la época denominada Violencia—, necesaria la punición a los transgresores de las leyes de propiedad —ya bastante confusas para la víctima de la expropiación—, con lo cual era necesaria también, en el sentido de naturaleza, la conducta marginativa y transgresora por contra (sádica, cruel, etc...) del agredido, y nadie podría negar que la injusticia económica de base tiene antecedentes históricos, los mismos que han producido guerras civiles en nuestro país, desde el momento mismo de la Independencia. Con lo cual, están integradas las seis teorías, a saber: la económica, la política, la militar, la jurídica, la "psico-social" (descartando, claro está, el galimatías étnico de que "la agresividad indígena presente a través de todos los períodos de la historia y latente, hasta el momento de la violencia, en la descendencia étnica, encontró sus cauces energéticos...") y la teoría histórica, que, finalmente, antes que ser una teoría más, ofrecería el enfoque epistemológico para las otras.

Esta dispersión metodológica atañe a la ambigüedad del carácter ensayístico o a la timidez del autor en hacer una síntesis de la investigación previa, poniéndose por encima de lo investigado.

Igualmente se manifiesta en el empleo equívoco de las hipótesis, primero porque carece del espacio necesario para demostrarlas (los ensayos parecen haber sido escritos para el libro como viñetas de un paisaje), y segundo porque son hipótesis "predemostradas" que sirven, a su vez, de argumentación. En el capítulo sobre



Centroamérica, la hipótesis se refiere a la diferencia de objetivos en las presencias estadounidense y soviética, cuya demostración parece ser olvidada en las conclusiones del capítulo que enumera, primero, "objetivos generales perseguidos por los EE.UU. y la URSS...", y segundo, "objetivos generales logrados por los EE.UU. y la URSS...", sin distinciones. El ideal de seguridad establece la distinción en la proporción de ofensor cercano a defensor lejano. Me recuerda algo escrito por Cioran, desde donde pienso esta reseña: "Estoy de acuerdo en que existe una jerarquía cualitativa de imperios: los mongoles y los romanos no subyugaron a los pueblos por las mismas razones, y sus conquistas no tuvieron el mismo resultado. No obstante, ambos fueron igualmente expertos al hacer perecer al adversario reduciéndolo a su imagen y semejanza" (*Historia y utopía*).

En el capítulo sobre Praga y la intervención soviética, a pesar de no existir una hipótesis formulada, en cinco veladoras páginas, uno no sabe si el proceso de "democratización interior" checo, previo al 68, fue o no fue —como parece sugerirlo el título, en cuanto "conflicto Este-Oeste"— reflejo de lo ocurrido en París en mayo, o si se trataba de una auténtica *perestroika*, producto de condiciones sociopolíticas de autodeterminación y madurez, puesto que el análisis de la "democratización interior", por extraña razón, no resulta importante al lado del conflicto este-oeste. La hipótesis del capítulo sobre distribución y poder en América Latina es la consecuencia evidente del análisis de las estadísticas que se maneja; y en el

ensayo sobre la violencia en Colombia, ya hemos visto, la hipótesis es una teoría previa, para la cual todo análisis teórico es lastre.

Una hipótesis no es una propuesta, pero proponer desde la modesta rampa de una hipótesis es un acto de audacia contenida, ennoblecedora cuando se trata del destino del hombre. Patiño es sociólogo, politólogo y filósofo, al decir de sus títulos, y su método, positivamente, delata la interdisciplinariedad de su estudio; como sociólogo, se declara discípulo de Wright Mills y escribe su ensayo "La elite del poder en U.S.A.", el mejor, por más claro y crítico, de los ocho que integran *La crisis del poder*; también como sociólogo hace el análisis de las estadísticas económicas y las relaciona con las tesis económicas modelo, como sucede en "El poder y la distribución"; como politólogo, descubre hábilmente las relaciones íntimas y viciadas entre el poder político y las clases dominantes (que no dejan de ser el centro del ensayo sobre la violencia en Colombia), y como filósofo elabora conclusiones sociopolíticas cercanas al marxismo ortodoxo, por ejemplo: "El individualismo consumista que permea estos resultados choca contra las aspiraciones de una libertad individual que se vuelve libertad política. La razón instrumental resuelve la relación entre deseo y decisión, y hace de la libertad política algo sometido al liberalismo económico de las fuerzas del mercado y de la democracia política algo secundario". Pero, sobre todo, y como núcleo mañoso de este comentario bibliográfico, me llama la atención esta afirmación que aparece en "El poder y los sueños", el primer ensayo, sobre el libro del mismo nombre de Régis Debray: "Es preferible aceptar una neurosis universal que librarse a una neurosis personal". Esta afirmación justificaría, por supuesto, el método de propuesta-hipótesis en su mencionada significación, para los ensayos que conforman *La crisis del poder*, como aportación, por lo menos, a la voluntad de hacer, si no a la voluntad de entender. El defecto ensayístico es consecuencia de la ausencia de contexto histórico, pese a la intención lograda de internacionalizar todo problema nacional o continental; pero,

vuelvo a Cioran, en este tipo de "trabajos con la historia", o se escoge la historia en sí misma o se escoge la utopía —revés de la moneda y vástago de la historia, que produce para su conservación—; no hay duda acerca del camino escogido por Patiño; pero al escribir la frase de la "neurosis universal" no ha perdido tan de vista la historia, que será siempre la neurosis negada para que viva la propuesta; paralela a la frase de Cioran: "Todo contemporáneo es odioso", la de Patiño conduce a la formulación del idilio, tras superar y desconocer la crítica. Patiño es escéptico ante los "mitos" del Protocolo de Ginebra, del principio de la "seguridad colectiva" y del desarme; más adelante, sin embargo, también en el capítulo sobre el libro de Debray, plantea "sus" tres principios correctores: "I. El interés nacional es la base y el fin de una política exterior legítima. II. Defender y promover el interés nacional de los otros. III. La aplicación del II no es posible sin las condiciones y límites del I.". Así también, critica la teoría del equilibrio sobre el poder, controlado por las múltiples y diversas fuerzas sociales, pero sugiere un poder orientado por mayorías no manipuladas; o bien, después de hacer la crítica a la composición de la Comunidad Económica Europea, la ofrece como modelo a los países latinoamericanos.

El cinismo anulado por la fe, el conocimiento por la acción. Si no dentro del contexto de la historia, si dentro del contexto de la utopía, podemos situar estos ensayos, que entonces quedan exentos de su nuclearidad crítica; el historiador al fin descubre que su trabajo destructor ha sido inútil, porque, como escribe Cioran, "de nada vale dejar de creer en la realidad geográfica del paraíso o en sus diversas figuraciones; de todas maneras reside en nosotros como un dato supremo, como una dimensión de nuestro yo original; de lo que se trata ahora es de descubrirlo ahí. Cuando lo conseguimos, entramos en esa gloria que los teólogos llaman esencial; pero no es a Dios a quien vemos cara a cara, sino al eterno presente, conquistado por encima del devenir y de la misma eternidad... ¡Qué importa ya entonces la historia! Ella no es el asiento del ser

sino su ausencia, el no de toda cosa, la ruptura de lo viviente consigo mismo; y no estando constituidos por la misma sustancia que ella, nos negamos a cooperar en sus convulsiones. Está libre para aplastarnos, tocará únicamente nuestras apariencias y nuestras impurezas, esos restos de tiempo que siempre arrastramos, símbolos de fracaso, marcas de esclavitud" (*Historia y utopía*).

La palabra *crisis* —así como la palabra *ensayo*— sólo son aquí símbolos irónicos.

ÓSCAR TORRES DUQUE

La violencia: ¿un elemento consustancial a la democracia colombiana?

Orden y violencia: Colombia 1930-1954

Daniel Pécaut

CEREC-SIGLO XXI, Bogotá, 1987, 2 vols., 610 págs.

A partir de 1962, año en que apareció el primer trabajo que dio al tema su dimensión nacional y que inició la conceptualización de la violencia como objeto de estudio de las ciencias sociales, sólo se han producido tres grandes obras de síntesis: el clásico *La violencia en Colombia* (1962) de Germán Guzmán, Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda, que tiene el valor de haber abierto la puerta, cuando en el país, sumergido en el ambiente del Frente Nacional, se había sellado un pacto de silencio: nadie debía hablar de esa hecatombe de 200.000 muertos, cómo si con ello se curaran las profundas heridas dejadas en el alma de las generaciones que nacieron en medio de un conflicto que nunca cesaría.

Años después vendría otro clásico: *Violencia, conflicto y política en Colombia* (1978) de Paul Oquist, que

intentaba una explicación global del estallido, con fundamento en su conocida tesis del "derrumbe parcial del Estado".

Los estudios ulteriores se dedican, unos, a indagar acerca de las particularidades regionales de la violencia. Entre estos sobresalen los consagrados a los casos del Tolima, el Quindío, el Valle del Cauca y los llanos orientales. Otros, a los bloques temáticos, como el bandidismo y las estructuras agrarias.

Transcurrido un tiempo, aparece este trabajo, *Orden y violencia* (1987), de Daniel Pécaut, cuya edición en lengua española se publica simultáneamente con el diagnóstico nacional de la comisión de "violentólogos", materializado en el libro *Colombia: violencia y democracia* (1987), con el cual, dicho sea de paso, tiene grandes continuidades teóricas.

Daniel Pécaut es uno de los más agudos estudiosos de la realidad colombiana. Sociólogo, investigador de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, director del Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales, de París, desde los años 60 —cuando fue profesor visitante en la Universidad Nacional—, ha escrito numerosos trabajos acerca de nuestra realidad social y política, además de haber dirigido las más sobresalientes disertaciones doctorales que sobre este tema se han escrito, por lo cual cabe decir que su influencia es notable en las últimas generaciones de investigadores.

Tradicionalmente, los estudios centran, de manera enfática, los orígenes de la violencia en las características del Estado y, ante todo, en sus carencias y malformaciones. Pécaut, aunque se interesa en las funciones del Estado, orienta toda su atención hacia las relaciones de éste con la sociedad civil, hacia el desarrollo de lo social y lo económico y sus representaciones en lo político, mostrando cómo la obsesión de las elites en la búsqueda de un "orden moderno" como expresión de una unidad nacional es, desde el siglo XIX, una tarea central en la que el Estado parece hallarse atrapado siempre en medio de las tormentas de una sociedad civil omnipresente, que lo lleva a rastras por sus divisiones y lo somete a sus exigencias, haciendo que la violencia

no sea simplemente el otro polo de un movimiento pendular, sino una combinación íntima que coexiste tanto en lo social como en lo político.

Como resultado de toda esta situación, Colombia ha tenido un desenvolvimiento histórico singular en que el Estado, lejos de ejercer un monopolio, debe compartir el ejercicio de la violencia con grupos sociales particulares, dentro del marco de una, también singular, democracia civil en la que se entremezclan formas de dominación tradicionales con la coerción física y el fraude. Hasta el establecimiento del Frente Nacional, la alternación no es un proceso "normal" sino profundamente traumático, por cuanto se impone una visión del ejercicio hegemónico del poder, que excluye la participación del "enemigo", si bien se mantienen formalidades democráticas, como es el funcionamiento relativamente autónomo, aunque deficiente, tanto de la rama judicial como de los órganos legislativos. Aunque predomina el poder civil, persiste, a partir de 1948, la utilización del estado de sitio. Hay democracia electoral, pero los comicios se caracterizan por los altos niveles de abstención.

Sin perder su acento sociológico, describe el proceso histórico¹, que

¹ Este acercamiento interdisciplinario, que Gonzalo Sánchez ha denominado la "sociologización de la historia" en el estudio de la Violencia ha sido una constante, caso excepcional que no se ha dado respecto a otras temáticas. Los sociólogos —a pesar del tardío desarrollo de la disciplina en el país, ya que la primera facultad surge en 1959— desde el principio lo asumen como preocupación prioritaria, como lo indica la obra de Orlando Fals, Camilo Torres Restrepo y la producción de los años sesenta. También ha sido preocupación de los antropólogos y economistas y muy escasa o nula de los psicólogos sociales. Pero, indudablemente, el diálogo más importante se ha dado entre sociólogos e historiadores.

